

LLAMADME ZIMBABWE

FELIPE MELLIZO

El representante ni siquiera oficioso del ZANU —Zimbabwe

African National Union— tiene sus oficinas en el número 21 de Caledonian Road, al Norte de Londres, cerca de la estación de King's Cross y rumbo a los barrios sórdidos de la ciudad. Hay muros sucios para las pintadas de los caribeños y los asiáticos irredentos, basura en las esquinas, tenduchos siniestros. He aquí un Londres, entre otros, que nunca conocerán las señoritas españolas que compran camisetas de colorines y orinales "pop" en los grandes almacenes sionistas de Oxford Street o en los tenderetes de los pakistaníes y los hábiles mercachifles de Carnaby Street. El 21 de Caledonian Road es una casita de tres pisos, con aspecto de almacén de esos que salen en las películas de "El Santo". Cuando llamo al timbre, me contesta una voz suspicaz por el automático, inquiriendo mi nombre y mi destino en este mundo. Luego se me hace esperar un buen rato y, al cabo, un africano atlético abre la puertecilla para hacerme entrega de unos papeles: fotografías de Robert Mugabe y de sus guerrilleros, ejemplares del "Zimbabwe News" y una nota en la que se aclara cuál será la actitud del ZANU en la conferencia constitucional que los británicos siguen llamando "de Rhodesia", inocentemente. No lejos de allí, según las medidas londinenses, está el 89 de Charlotte Street, sede del ZECC —Zimbabwe Emergency Campaign Committee— y, cuando llego, la gente está preparando sus pancartas para acudir a Lancaster House a formar piquetes, gritar y recordar a los periodistas olvidadizos que el obispo Muzorewa es un complaciente cipayo.

En ese momento están ocurriendo varias cosas. A saber: Ian Smith llega a

Londres después de que los discretos juristas británicos le hayan arreglado los papeles para evitar que algún policía cumplidor detuviera al viejo y tenaz colono blanco y lo enviara al calabozo como proscrito; Nkomo y Mugabe, a los que, ya hace tiempo, llamaba Jenny Barraclough "dúo del oso ponderado y la rápida pantera", llegan, nada menos, al Royal Gardens Hotel. Las tropas de Rhodesia-Zimbabwe, con sus oficiales blancos y eficientes, invaden Mozambique. El ZANU libera a unos cuantos de sus prisioneros y los entrega al delegado apostólico en Maputo. Lord Carrington elige su mejor camisa de rayas. Las mujeres de la limpieza dan los últimos toques a Lancaster House, junto al Mall y el palacio de St. James, un hermoso edificio imperial, georgiano, que en su tiempo estuvo destinado a residencia del "viejo" duque de York, hijo de Jorge III y protagonista de alguna cancioncilla popular que pone en duda su talento militar (1). Señoras y señores, va a comenzar la Conferencia Constitucional de Rho-

(1) The "grand old" Duke of York. He had ten thousand men. He marched them up to the top of the hill and he marched them down again...

desia, aquí presentada como el último y más inteligente proyecto británico para liquidar con el mayor beneficio posible el conflicto que planteó Ian Smith en noviembre de 1965. (Bien es verdad que la cosa empezó un poquito antes, hacia 1889, cuando, para que a nadie le cupiese la menor duda, el territorio explorado por el sutil y femenino Cecil Rhodes pasó a ser una finca administrada por la British South Africa Company. Nunca fuimos los españoles tan listos: jamás se nos ocurrió que los dominios coloniales pueden ser tratados, tranquilamente, como activo de una sociedad mercantil.)

La voluntad de no pactar

Escribir para un semanario es un destino bastante patético, así es que la Conferencia de Lancaster House bien puede haberse ido al cuerno cuando lean ustedes esta crónica. Se trata, en principio, de conseguir que las partes implicadas en el problema —el Reino Unido, el Gobierno mixto de Abel Muzorewa y las organizaciones nacionalistas y exiliadas de Joshua Nkomo (ZAPU) y Robert Mugabe (ZANU)—

negocien unas propuestas británicas bastante traídas por los pelos. El Gobierno de Muzorewa procede de unas elecciones que, para los "standards" de Rhodesia, fueron bastante parecidas a lo que en otros lugares se entiende por "elecciones libres controladas". En abril de este año, esas elecciones llevaron a Muzorewa al poder, al frente de un Gobierno blanquinegro en el que el tremendo Smith figura como fantástico ministro sin cartera y cuya gestión controla un extraño Parlamento en el que se reserva a los blancos un número considerable de escaños, así como diez veces más alto que el que les correspondería por su potencia demográfica. Las Fuerzas Armadas, en sus alturas, son "blancas". El propio Gabinete de Muzorewa tiene cinco ministros blancos. Y la población, para que a nadie le quepa duda alguna, es de unos 4.300.000 africanos, unos 8.000 asiáticos, unos 13.000 mestizos y unos 210.000 europeos, sin contar con un millón largo de exiliados. Pero no es sólo eso. Es que durante los próximos diez años será absolutamente imposible modificar la Constitución ventajista ideada por Smith, que es, sin

Robert Mugabe

Católico. Se califica de socialista humanitario. Es un hombre afortunado, porque sólo tres de cada cien africanos de Rhodesia alcanzan la educación secundaria y él tiene siete diplomas universitarios, uno de ellos, en Leyes, por la Universidad de Londres. Bien es verdad que casi todos estos diplomas los consiguió estudiando en las cárceles que lo hospedaron por deseos de Smith. Vive en Maputo, Mozambique, con su mujer, y desde allí capitanea a sus cuarenta mil hombres, ocho mil de los cuales combaten DENTRO de Zimbabwe. Da la casualidad de que pertenece a la misma tribu que Muzorewa: los "Shona".





Guerrilleros del ZANU en un campo de entrenamiento.

duda, un ejemplar político único por su audacia, su realismo, su capacidad para la intriga, su firmeza de carácter y su voluntad, todo ello de espaldas a la Historia.

El Gobierno Muzorewa fue condenado el 30 de abril por una resolución del Comité de Seguridad de la ONU, bien que con la prudente abstención del Reino Unido, los Estados Unidos y Francia. La Organización para la Unidad Africana declaró, el 26 de abril, que las elecciones eran nulas y, naturalmente, Nkomo y Mugabe hicieron caso omiso del "arreglo interno" y siguieron su propia guerra. Hasta que la señora Thatcher comprendió que sin un gambito, aunque fuese de peón,

la partida la ganarían las negras y propuso en la Conferencia de la Commonwealth de Lusaka, hace aproximadamente un mes, una especie de reforma constitucional que ahora se discute en Lancaster House. Hay muchas maneras de describir la oferta británica y ya las habrán visto ustedes, en su forma más simpática, en la prensa. La forma más antipática es la que ha elegido el llamado Frente Patriótico (Nkomo-Mugabe), señalando que el Reino Unido ha perdido sus derechos, si es que alguna vez los tuvo, para arbitrar en el conflicto y recordando que un Zimbabwe libre (lo de Rhodesia ya no lo dice ni Muzorewa y se ha

quedado como un "tic" verbal de los europeos) sólo es posible mediante la total transferencia de poder al pueblo. Ya el 20 de agosto, cuando preparaban las maletas para venir a Londres, Mugabe y Nkomo hicieron público un comunicado que me acaba de dar su representante en Caledonian Road y en el que se dice que su presencia en la Conferencia tiene como objeto negociar con el Gobierno británico, estrictamente, eso. Hace sólo unas horas he oído de los mismísimos labios de Mugabe, enfundado en una gabardina, que "Muzorewa carece de importancia" y repitiendo con una sonrisa lo que ya deberíamos haber sabido:

que no ve la necesidad de un alto el fuego sin la previa transferencia de poderes, democráticamente, al pueblo. Tampoco Muzorewa, desde que llegó aquí, ha hecho otra cosa que alardear: su Gobierno es el que vale y no habrá pactos con el Frente Patriótico. De manera que uno no puede abandonar la impresión de que lord Carrington lo va a pasar bastante mal estos días.

Los hombres

Porque todos los hombres que intervienen en el drama son singulares. Ouzorewa, obispo y político flemático y duro, con una ambición que se tarda en advertir tras la sonrisa dulce. Sithole, al que ya conocí yo hace un par de años en el "Africa Centre" londinense, es otro reverendo, pequeño, áspero, proteico y agudo como un peso pluma. Smith es lo que ustedes ya saben. Nkomo, plácido en su exterior, es el más vulnerable del tándem ZAPU-ZANU y ha tenido excesivos contactos con financieros blancos (Rowlands, por ejemplo), que ven en el fornido rebelde una solución socialdemócrata. Mugabe es otra cosa. Andrew Young, el pobre, decía que Mugabe es la consecuencia de una educación jesuítica y una ideología marxista: un hueso duro de roer. Tranquilo, bien educado, capaz de suscitar la lealtad emocionada de su gente, alejado de toda tentación mundana, sobrio y frío, tiene, en efecto, cierto aire clerical, pero eligió hace tiempo la guerra como solución y no es prudente creer que lord Carrington pueda cambiar con facilidad una cabeza africana, ignaciana y marxista.

En cualquier caso, el drama es emocionante para un espectador descreído, y esa es la situación espiritual del cronista. Cuando escribo, condenado por la fatalidad de ser "semanal", se levanta el telón. En estos momentos, lord Carrington abre la partida y sirve. Lo demás lo sabrán ustedes antes de leer esto. ■ F. M.

Lord Carrington

Cabeza de la delegación británica en la Conferencia de Lancaster House y secretario de Estado para Asuntos Exteriores y de la Commonwealth. Educado en Eton y militar. Un conservador a la vieja usanza. Tiene que conseguir en esta Conferencia varias cosas: convencer a Nkomo y Mugabe para que acepten el hecho de que el poder de los blancos de Rhodesia y de los africanos moderados no será aniquilado por la fuerza. Tiene que evitar los descaros, cada día más obvios, de Muzorewa y del inquieto Sithole. Tiene que evitar los choques frontales con Smith, a cuya causa sirve en el fondo, así como a la causa de las inversiones británicas y a la de las ventajas de la Commonwealth.

